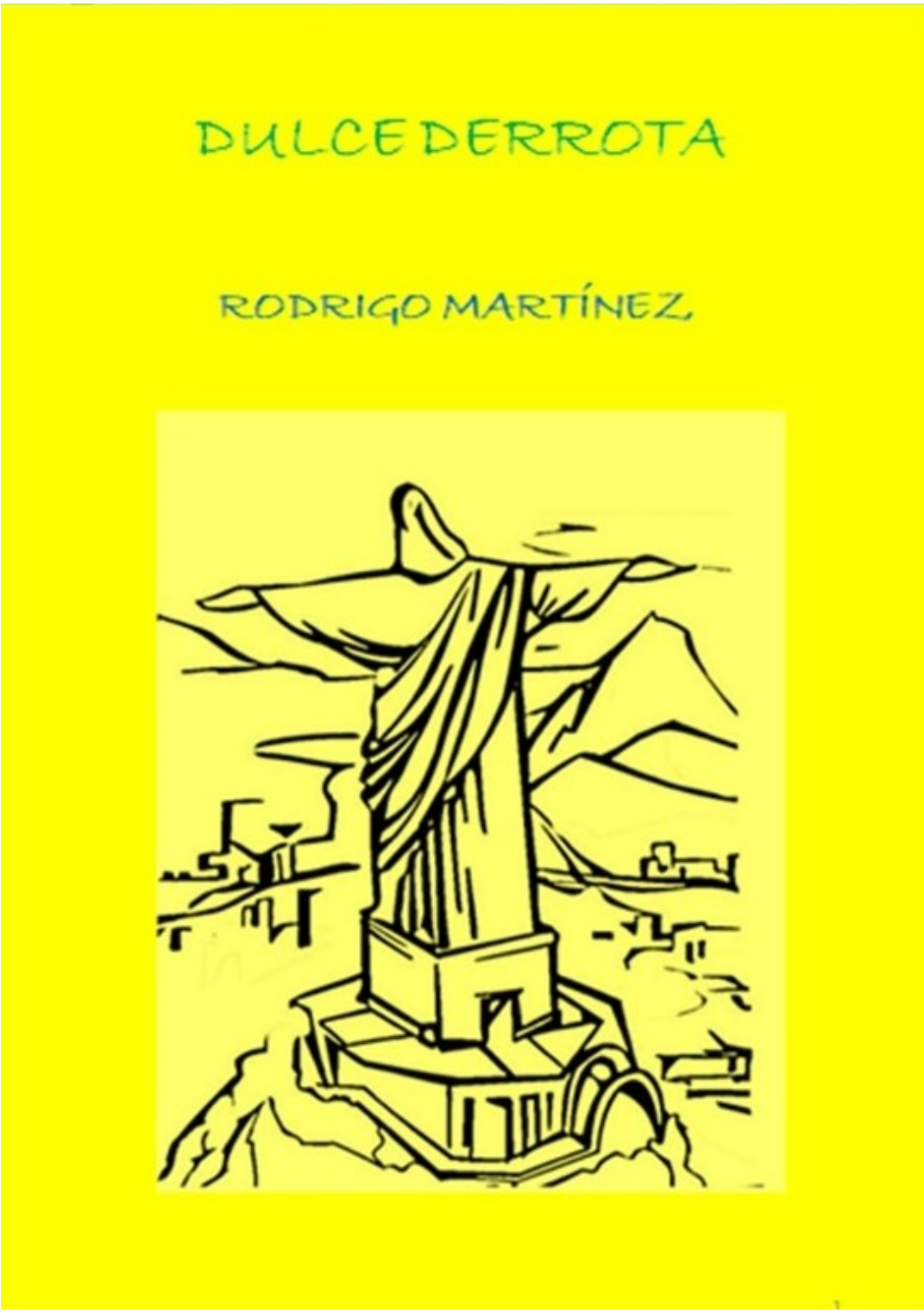
DULCE DERROTA

Rodro Mtnez



Capítulo 1

DULCE DERROTA

1

Aun con la euforia carioca sumida en un mismo anhelo, bastaba la madrugada de julio para quebrar la certeza de que aquel año de 1950 latía diferente. Bajo el sol todo eran banderas, discusiones balompédicas, chavalería enfervorecida con sus héroes —los por entonces ínclitos Ademir, Friaça, Jair, Zizinho...—, así como la *torcida* profiriendo cánticos contra los charrúas. Claro que no podía ser de otro modo, pues eran precisamente éstos, los viejos vecinos del sur de Río Grande, el gran escollo final antes de una eternidad en forma de victoria. El gentío exhalaba alegría, reluciente optimismo, y del transpirar se desprendía una deliciosa brisa con regusto a melaza que desembocaba, siempre a ritmo de samba, en un improvisado carnaval. En cambio, la nocturnidad con su calma tensa, cómplice de quienes renegaban de la mascarada diurna, escondía bajo sus sombras menesteres menos honorables. El tenue alumbrado de las farolas, aquella cháchara crápula de los garitos descollando entre melodías —«O samba da minha terra», «Ai, que saudades da Amélia», junto a otras canciones de Dorival Caymmi y Ary Barroso— e incluso la suave corriente del invierno tropical de Río conformaban una atmósfera tan propicia como furtiva: amores proscritos, vicios imperdonables, facturas cobradas en sangre..., en definitiva, una especie de calina donde confraternizar con los propios demonios sin ser visto.

En una cuneta olvidada, ajena a los ojos de curiosos y merodeadores, esquivando la omnipresencia del mismísimo *Cristo Redentor do Corcovado* , descansaba un amplio *Mercedes* de color oscuro que se confundía en la noche. Por el característico contoneo del chasis y sus cristales empañados se adivinaba la presencia de dos amantes. Él era Don Marcelo, un hombre velludo de aspecto mórbido, pura robustez adiposa cuyo brazo fuerte sometía entre sudores a una joven pálida de grácil complexión. La cadencia ruda de su pelvis, al gutural compás de aquellos bufidos suyos, contrastaba con la hierática pasividad de su acompañante. Ella, de nombre Amelia, lucía, además de las consabidas virtudes de su juventud, una belleza pulida y elegante, era sencillo apreciar los antiguos cuidados de una clase social acomodada.

En tanto que el lascivo orondo percutía, el concierto de gemidos la obligaba a evadirse entre recuerdos de tiempos mejores: allá cuando vivía en la villa de *Leblon* con papá y mamá, él reputado abogado y ella señora de la casa, cómo mataba entonces las horas en la fina arena de Ipanema,

leyendo sobre bailes de sociedad, o de tiendas para después merendar a base de *brigadeiros* y limonada, entretenida siempre con inocentes amoríos de colegio, por no mencionar aquellas tardes de hipódromo en *Gavea* junto a su padre... Allí, tras morir la matriarca, se gestó la caída en desgracia. La depresión, revestida de salvaje ludopatía, empujó a su progenitor hacia un abismo del que jamás regresó, ni él ni el patrimonio familiar, de hecho incluso su propia descendencia pasó a manos del corredor que había hipotecado su mundo. Así Amelia se convirtió desde niña en propiedad de otros, juguete roto de un único amo, el mismo que jadeaba taquicárdico sobre su grupa derramándose de placer. De vuelta a la realidad del llanto, la muchacha se zafó más pendiente de limpiarse que de disimular su repulsa.

—Con esto reduces lo que me debes, preciosa, pero aún tendrás que vender muchos cigarrillos y refrescos si quieres devolverme cada *cruzeiro*. —Tosía Don Marcelo pitillo en boca hasta que al fin pudo añadir entre resuellos—: En *Maracaná*, con la Copa del Mundo, habrás conseguido un buen pellizco, ¿no es así, Melinha?

—Señor, gano lo justo para subsistir, ni siquiera saco suficiente para usted. ¿No cabría la posibilidad de colocarme en otro trabajo mejor remunerado? —propuso Amelia consciente de lo que aquello supondría. Prefería estar medio año en un lupanar liquidando su deuda, odiándose a sí misma frente al espejo, que toda una vida como el retrete de aquel seboso miserable.

—Te dije que era cuestión de tiempo que me lo pidieras, querida. Quizás Dagoberto se digne hacerte sitio en el club, para una chica guapa como tú sin duda sobrará trabajo tras la final. —El humo custodiaba las palabras en su azulosa contextura, dentro del vehículo el aire no podría ser más irrespirable—. Ahora bien, él siempre quiere probar la mercancía y te advierto que no es un amante tan considerado como yo, ya sabes..., muchas acaban la velada en la enfermería, o peor aún, durmiendo con los peces en la ensenada de *Botafogo*. Ese malnacido no se anda con tonterías —avisaba el usurero—. Como ves, Melinha mía, me preocupo por ti.

—No le defraudaré, señor —respondió la otrora tierna muchacha en un flagrante ejercicio de cinismo, asqueada por el ramalazo paternal de aquel sujeto que, apenas unos instantes antes, no había mostrado reparos en empotrarla con babeante saña.

—Pues no se hable más, para el día diecisiete te pondré en el local de Dagoberto, a ver qué tal funcionas. Seguro que si la gente sigue excitada por el triunfo de la *Seleçao*, lograrás hacer caja en tu estreno —concluyó el logrero cual buen samaritano antes de invitarla a bajar del vehículo.

La joven caminó hacia la pensión escaldada en su interior, casi sin aire tras el pecho, hartas de lágrimas sus pestañas. Aunque empezaba a clarear por la *Bahía do Guanabara*, la oscuridad aún mantenía hermoso el contraste de las luces sobre aquel manto cristalino: agua y cielo como un solo ser bailando entre nenúfares de neón, meciendo destellos al dulce son de un oleaje disfrazado de susurro. La infeliz Melinha, hipnotizada por aquel resplandor que sucumbía al alba, aguardaba el día en que tuviera valor para caminar hacia allí, continuar hasta el fondo del mar y sumergir todos sus problemas con ella. Pero hoy no era ese día, no de momento.

2

Las coloridas viviendas de *Rocinha* se agrupaban escalonadamente bajo el *Morro Dois Irmãos*, cuya sombra vigilaba la cotidianeidad de la favela igual que un pastor a su rebaño. La vegetación urbana apuraba aún sus últimas gotas de rocío y el bullicio de los niños se fundía con tempranas discusiones vecinales, impregnadas éstas de aroma a desayuno en lo que la mañana, siempre puntual, traía faena a sus habitantes: chatarreros a la caza de piezas inservibles, recolectores de labranza en pequeños huertos improvisados, aquel desfile hacia barrios más aburguesados para intentar ganarse el pan, legalmente unos, como podían los otros, cada cual con rostro soñoliento, pero eso sí, ni el menor asomo de derrota en la mirada. El gorjeo matutino ya amainaba cuando unos pocos vehículos empezaron a circular de *Trampolim do Diabo* a la autopista de *Gavea*. Había empezado un día como tantos otros.

En una destartalada camioneta que bordeaba el *Parque da Tijuca* rumbo a *Maracaná*, se podía encontrar sentado sobre su batea —quién sabe si con permiso— a un negro famélico limpiando sangre seca de su camisa raída, parecía joven, aunque no un crío, con pinta de haber dormido si acaso un puñado de minutos sueltos. Respondía al nombre de Guga y un nubarrón martilleaba sus pensamientos no sólo con preocupación, sino con el afilado desespero que engendra el miedo. Su jefe le encargó anoche llevar a *Flamengo* un paquete que jamás llegaría, pues tuvo la mala suerte de ser asaltado, paliza ocasional más el consiguiente robo. Desconocía la clase de mercancía que había extraviado, pero seguro que más temprano que tarde castigarían su negligencia, ya que tales pecados no solían pasar inadvertidos, y menos al señor Dagoberto, una alimaña rencorosa a la par que sanguinaria. En busca y captura, cada surco de sudor se volvía escalofrío, el gaznate se agostaba bajo un amargor desconocido, sabor a muerte quizás, y por vez primera en su corta vida, la propia existencia se empeñaba en pesarle.

Lo que sí guardaba a buen recaudo en su mano, dentro de un bolsillo de sus holgados pantalones, era un papel arrugado. ¿Se trataría de dinero, un valioso documento a lo mejor, puede que un pasaje hacia la salvación...? Prácticamente las tres cosas, puesto que poseía el Santo Grial, el tesoro más codiciado aquellos días en la *Cidade Maravilhosa*: una

entrada para la final del Campeonato del Mundial de Fútbol en *Maracaná*, conseguida, cómo no, a través de chanchullos y casualidades varias. Su intención era utilizarla con el fin de sacarle pasta en la reventa a algún turista adinerado, de modo que pudiera compensar al señor Dagoberto por los gastos del percance, y así de paso, obtener su perdón. Pese a vislumbrar una vía de escape a su fatal destino, todavía se notaba apesadumbrado. Él, como gran futbolero y *torcido* de la *Seleçao*, siempre soñó con que sus ojos la verían en vivo alzarse campeona del mundo. Cabría renunciar a ese sueño por amor —ayudar a un hermano o cuidar de una madre enferma—, pero hacerlo por conservar el pellejo era en cierta manera una traición, le sentaba como un tiro saberse tan ruin e innoble.

Aprovechando que la camioneta estaba parada a la altura de *Sao Francisco Xavier*, Guga se apeó del vehículo y decidió ir a pie hasta las inmediaciones del estadio. A medida que se acercaba al recinto, la temperatura y la marea humana crecía espesando el oxígeno. Los desafinados coros de los aficionados junto a los gritos de los vendedores, todo ansia por prolongar su agosto, palidecían ante el estruendoso espectáculo de la pirotecnia, una acústica feroz que imposibilitaba distinguir, entre aquella masa de caras y voces, a quien se antojara como potencial víctima de su precipitado plan. No obstante, el joven Guga no era un cualquiera, ni mucho menos, sabía calar bien a la gente y dominaba como nadie el arte de la empatía, su mecanismo de subsistencia frente a tanta hostilidad. Gracias a tan excepcional talento, y tras apenas un par de tímidas intentonas, logró que la transacción llegara a buen puerto con un español que paseaba por ahí, incluso ganó más dinero del que cabría imaginar en un principio. Por fin el cielo le ofrecía un leve resquicio.

Su renovado ánimo le hizo apresurarse hacia la casa de apuestas de la *Radial Oeste*, lugar cercano a la curva norte donde parecía factible coincidir con el señor Dagoberto; en cualquier caso, debía ir con cuidado, no fuera a ser que sus esbirros le retorcieran el pescuezo antes. Después de remontar la corriente en tiempo récord, consiguió alcanzar la meta sano y salvo, allí las fumaradas de los puros no dejaban de enturbiar la atmósfera, una vaporosa neblina cuyo encanto se aferraba al capricho de la tiza rancia, la cual esparcía su protagonismo sobre las pizarras, bien atentas éstas a un teléfono de timbre metálico que navegaba irritantemente el tumulto de la muchedumbre. A falta de noticias de su brutal jefe —y tras verse embarcado en alguna que otra apuesta estúpida—, el bueno de Guga no supo qué hacer, salvo procurar salir de nuevo sin llamar la atención. Difícil empresa aquélla, en tamaña marabunta lo normal era pasar desapercibido, excepto si tu cabeza tenía precio. Con toda probabilidad el señor Dagoberto acudiría al partido, así que el muchacho se arriesgó adentrándose en las inmediaciones del nuevo coliseo como quien busca una aguja en un pajar. Qué poquito duraba la alegría en casa del pobre, otra vez la esperanza volvía a darle la

espalda.

3

Un océano de caras ebrias fluía con lentitud alrededor de los tenderetes, propagándose su marejada por los aledaños del estadio en dirección a las puertas, donde cada torno esperaba receloso ante la impaciencia general. Serían las dos de la tarde aproximadamente y el sol caía en picado aunque agradable sobre el común de los mortales. Una taciturna Amelia despachaba tabaco y refrescos con la languidez de quien no espera nada del futuro, rumiando en su mente aquella petición a Don Marcelo. En el fondo, la invadía una terrible inquietud, ya que no se hacía aún una idea de cómo sería el mañana, y quizás no debiera saberlo, mejor continuar en la inopia para seguir adelante. A veces, con demasiada frecuencia, se refugiaba en la fantasía de no despertar.

De repente, una centella zaína saltó por encima de su mostrador destrozando parte del género. Amelia despertó de su letargo depresivo, y si bien su primer impulso fue colérico por los daños causados, pronto se identificó con la desesperación de aquel tipo escuálido. Éste le pedía silencio con el dedo en la boca mientras su mirada imploraba perdón. Al percatarse de cómo un par de gorilas rastreaban la zona en pos de su presa, la joven supo leer el contexto y actuó con naturalidad, como si nada hubiera ocurrido. Finalmente pasaron de largo cariacontecidos, más interesados en la final que en cumplir la misión encomendada. A medida que se aproximaba la hora del encuentro, el griterío iba dispersándose despaciosamente para aglomerarse en los vomitorios de aquel foro moderno. La ocasión bien lo merecía, la copa *Jules Rimet* estaba en juego, la dorada *Niké* de relumbrantes alas con la que tanto se había soñado. Ya más tranquilo y fuera de peligro, el muchacho lamentó los desperfectos e intentó disculparse con unos cuantos *cruzeiros*.

—¿Y bien? ¿No me vas a explicar qué ocurre? —increpó Amelia con un tono inquisitorial algo impostado, realmente no estaba enfadada, podría incluso decirse que se sentía agradecida por desmarcarse momentáneamente de su tediosa monotonía. La suavidad de su voz acariciaba el alma del joven, cuyo semblante idiota traslucía una pulcra atracción por Melinha.

—Me...me llamo Guga —tartamudeaba el chico con entrañable torpeza, tanta que llegó a enternecer a la muchacha—, querían sacudirme y desvalijarme —agregó de manera más serena, aunque algo avergonzado por la apariencia cobarde que temía estar dando. Agradeció la ayuda, y despreocupado como estaba en su presencia, advirtiendo además cierto interés amable en ella, no escatimó detalles de su peliaguda situación.

—¡¿El señor Dagoberto?! —exclamó sorprendida tras la conclusión del relato, aquel encontronazo no podía obedecer simplemente al mero azar.

Adivinó entonces cierta conexión, como si la providencia le dedicara un guiño amistoso. Dispuesta a cerrar el quiosco, dado que la gente enfilaba al fin hacia el evento, se atrevió a preguntarle sin pensar en el partido—: ¿Te apetece tomar un café? Conozco un sitio muy tranquilo que...

—¡Me encantaría! —asintió Guga como si abordara lo más importante del mundo, tan embebido en su amiga que ni siquiera el fútbol podía competir.

A los pocos minutos, la calle se había transformado en un páramo donde apenas suspiraba un alma, y de cuyo silencio, solemne e incontestable, surgía un céfiro que por cada rincón arrastraba ecos lejanos: algarabía de casas y bares desbordados, cánticos desde el infinito, ilusión a raudales..., aunque también, por qué no decirlo, un incierto murmullo fruto de los nervios, miedo a lo invisible, al infortunio quizás, de ahí aquel suplicante bisbiseo que la ciudad compartía con el resto del país, todos a una, bahianos, paulistas, pernambucanos, gauchos... Bajo la constelación de la *Cruz do Sul*, un mismo aliento de millones y millones de gargantas clamaba por su primera estrella, convencidos al fin de que la hora de citarse con la historia había llegado.

La pareja entró en un bar infestado de feligreses en torno a una radio, absortos ante la voz del locutor, mascullando entre dientes ruegos baldíos a un improbable demiurgo futbolero. Para estar más tranquilos, bajaron a una planta baja vacía, huérfana de lámparas, tan sólo los polvorientos haces de luz desde las claraboyas iluminaban aquel sótano umbrío. El encargado les dejó la cafetera y una jarra de leche para que no molestaran durante la contienda. Al calor de la taza, reconfortada por la inmarcesible bondad que transmitían los ojos de Guga, Amelia se lanzó a contar el relato de su existencia. Las expresiones en el rostro de él reforzaban la narración de ella, no se sentía juzgada, sino comprendida, por primera vez en mucho tiempo paladeaba algo similar a la amistad.

—Si fuese como los galanes de película, le daría una lección a ese cabronazo de Don Marcelo —interrumpía el zagal con su ingenua espontaneidad, medio en broma medio en serio, aunque no sin cierto pesar—, lástima que sea un pobre diablo al que apalean allá donde va, de lo contrario haría todo lo que estuviese en mi mano para ayudarte, te lo juro. —Una mueca alivió entonces el fondo triste de sus palabras, tal grado de humildad desarmaba a una Amelia que por momentos volvía a reconocerse en la antigua Melinha de los años dorados—. Seguro que así aceptarías que te invitara al cine, a bailar, a contemplar las estrellas..., ¿verdad? Al fin y al cabo la chica siempre elige a quien la salva del malo.

—¿Salvar? —respondió a tamaña simpleza riendo como nunca reía—: Nadie salva a nadie —afirmaba categórica—, no creas lo que escriben en

los folletines del *Jornal*.

Guga puso entonces cara de haber entendido, pero su estolidez no tardaría en salir a flote delatándole:

—Pero con alguien tendrá que acabar, ¿no? —preguntó confuso y poco sutil—. Habrá de enamorarse si no quiere quedarse para vestir santos, digo yo...

Amelia no podía ocultar que disfrutaba de la conversación, y clavándole su mirada con dulzura, como si de una confidencia íntima se tratara, le susurró jocosa:

—Mejor sola —sentenció—. Total, a lo único que podemos aferrarnos los débiles es a la simpatía que despertamos, o si acaso a la pena, pero del amor olvídate, esa bobada no existe para nosotros.

—¿Bobada? ¡Pues anda que lo de la simpatía por el más débil...! —El desengaño le hizo reaccionar con un descaro inusual en él—. En mi barrio, cuanto más flojucho, mayores son las putadas.

—Bueno, depende de cómo quieras verlo: yo, por ejemplo, no he dudado en encubrirte antes —refutaba deliciosamente mientras él se rendía encandilado—, a duras penas nos tenemos los unos a los otros, a nadie más, y por poco que sea, parece más fiable que esperar a un héroe salvador o al príncipe azul de brillante armadura, ¿no te parece? —apuntilló con sorna.

La conversación continuó entre la indescifrable barahúnda de los aficionados de la planta alta. Compartieron risas, incluso cierta electricidad flotaba en el ambiente, los quebraderos de cabeza se diluían en la química innegable que destilaban sus cuerpos, sus voces, sus ademanes..., desvariando con sueños y proyectos de futuro que emprenderían quizás en un universo imaginario, paralelo al que les había tocado, a lo mejor en otra vida. Hacía años que un café no sabía tan rico.

Cuando él subió al excusado —tal vez para enterarse de cómo iba el partido—, a Amelia se le congeló la sonrisa, le sobrevinieron oscuros pensamientos, aquel mañana fiero volvía a azotar su conciencia. En verdad, le asaltaba el temor de someter a un espíritu tan puro como el de Guga al veneno de una relación enviciada, a la vergüenza del qué dirán, y prefirió conservar aquello como un precioso recuerdo donde refugiarse en las noches venideras; así pues, pagó la cuenta, y sin pensárselo dos veces ni esperar a su amigo, decidió con amargura abandonar el local, consciente de que dejaba atrás el último reducto de bondad que hallaría en su camino. A toda prisa, cruzó el griterío del piso superior aventurándose sobre el asfalto, y allí, al igual que un sol entre nubes, se

perdió en la inmensidad de las calles vacías.

La ciudad atardecía de luto, sin quererlo se había mimetizado con el ánimo de una Amelia resignada pese a las lágrimas. El fracaso se mostraba ensordecedor, las avenidas desnudas y mustias mugían sollozos que sobrevolaban el aire mortecino, y de vez en cuando, casi como único desahogo, tronaba a lo lejos un lamento desgarrado que maldecía al meta *brasileiro*: «¡Barbosa, hijo de puta!». La fiesta, bajo el plañido luctuoso del gran *Corcovado*, había mutado en velatorio, la *samba* moría pariendo el más infeliz de los *fados*, y ya ni tan siquiera la caída del sol se esforzaba en ocultarlo, Río era una tumba.

4

A la mañana siguiente, la capital amaneció cabizbaja, envuelta en una turbia ola de tristeza, la nación entera lamía en balde sus heridas como si la debacle en la final se tratara sólo de un mal sueño. Algunos enjugaban las lágrimas en los quehaceres matutinos, otros aún dormían la mona tras haber intentado durante toda la noche tocar fondo en una botella de cachaça, pero la inmensa mayoría guardaba duelo en un estado de total y profunda desdicha, presos de un mismo sentimiento de orfandad, absolutamente vacíos. El dolor había consumido la alegría de vivir, cualquier atisbo de orgullo pareció desvanecerse bajo la Copa del Mundo, cuya sombra, apenas una gama de grisáceos entre la aflicción y el hastío, reinaba humillante sobre el ánimo carioca.

Amelia deambulaba cual espíritu errante por los alrededores del barrio de *Leme*, la brisa marina le resultaba asfixiante, tan intensa que sus náuseas bullían acumulándose en el estómago a modo de escrúpulos, señal inequívoca de que ya no había vuelta atrás. Una vez en el club —hortera, lúgubre, no exento de esa extraña melancolía que evocan los estertores de una fiesta moribunda—, entró al despacho y encajó con sorpresa la solitaria presencia de un Don Marcelo algo contrariado, en cuyas fauces asomarían lentas las palabras enredándose entre humo de tabaco:

—Eres libre, la deuda está saldada. Tu angelito de la guarda me ha pagado los intereses y es con él con quien habrás de negociar a partir de ahora —gruñó mientras sacudía la ceniza con desdén.

—Con el señor Dagoberto —supuso apesadumbrada en un principio; sin embargo, al observar cómo las encendidas pupilas del prestamista atravesaban la puerta, giró su cuello hasta darse de bruces con lo inesperado.

—¡Buenos días! —saludaba sin complejos un Guga exultante, desatando en Melinha un gesto de sorpresa que de inmediato se tradujo en silencioso alborozo. El día de sumergirse en *Guanabara* podría no llegar

nunca.

—Maldito diablo, también he solucionado lo tuyo con Dagoberto. Hace falta ser majadero para apostar contra tu país siendo favorito en la final —reprochaba Don Marcelo visiblemente enojado al ver tanto dinero en manos ajenas—. O bien eres un loco, o bien un traidor. ¿Acaso, negro, corre sangre uruguaya por tus venas?

—Qué va —aseguró el joven sin despegarse de los ojos cómplices de ella, rutilantes como un hermoso estallido—, no sabría explicarlo, simplemente sentí simpatía por el más débil. —De repente no pudieron esconder sus sonrisas por más tiempo.

Así abandonaron el club hacia un horizonte común, desde el oscuro pesar de su entorno hasta desaparecer sin más, igual que una chispa bajo el velo de la madrugada. En el quebranto de aquel universo al que ya no debían nada, dejaron apenas la efímera estela de sus luces al viento, tan sólo su ausencia, quizás una promesa de prosperidad que aguardaba en forma de futuro, quién sabe... Eran al fin sus propios dueños.

FIN